

escrúpulos de delicadeza de su amante. Seguía sus caprichos sin contradecirlos y lamentándolos en mi interior. Cuando la pasión es justa, no existe la pasión. Al día siguiente volvía hacia mí, y me hacía familiaridades más vivas, mudas excusas de su injusticia. Soportaba todo esto como lo hubiera aceptado de una hermana, porque comenzaba á ver el presentimiento de alguna desgracia para ella. La trataba como se debe tratar á los desgraciados, á los enfermos y á los niños que no se dan cuenta más que de sus sensaciones; las suyas venían á ser tumultuosas como el aire cargado de dudas que empezaba á pesar sobre ella. El proceso iba á ser juzgado dentro de algunas semanas; la correspondencia tardaba.



## XXXI.

**E**L banquero de Ginebra me hizo advertir en secreto que tenía una carta que entregarme personalmente, y que le estaba prohibido entregarla á ninguna otra persona. Tomé un pretexto para ir á Ginebra, con el fin de que Regina y su madre no pudiesen sospechar el motivo de mi partida. Así que llegué corrí á casa del banquero. Me entregó un paquete voluminoso de Roma. Volví á tomar el camino de Nyon y marchando lo desaté. Contení una larga carta de cinco ó seis hojas

para mí y una más corta para Regina. No debía entregar esta sino después de una suficiente preparación meditada, y después de enterarme bien de lo que él me decía. Estaba solo en uno de esos carritos suizos que había tomado en Nyon. Leí la mía sin distraerme. Hé aquí los principales párrafos que contenía:

**Decima-octava carta.**

---

«Roma, palacio.

»He cumplido mi deber, amigo mío, pero siento que lo he hecho á costa de mi existencia. No importa, he hecho mi deber, y siento á mi conciencia que me aprueba en medio del desgarramiento de mi corazón. Existen dos seres en mí, de los cuales el uno ha inmolado al otro. Todo ha concluído; Regina es libre; puede ahora volver á Roma con su pobre condesa, entrar en el palacio ó en las quintas de su abuela, viajar ó vivir en su patria sin ser llamada de nuevo, ni incomoda-

da, ni inquietada en su independencia por el príncipe. ¿Podía yo titubear más tiempo en decir esa palabra? A tu consideración lo dejo. ¡Pronuncia!... Pero no, no pronuncies, porque lo que está hecho, hecho se queda. He declarado yo mismo, y si me hubiese arrepentido un solo minuto por la detención que he sufrido, hubiera sido el más indigno y el más personal de los hombres. ¡Quiero morir de dolor, no de vergüenza! . . . . .

»La víspera del juicio del proceso de la princesa, mis abogados han recibido proposiciones de los del príncipe\*\*\*.

»Han venido por la noche á trasmitírmelas, acompañados de un miembro omnipotente del Gobierno. Hé aquí las palabras que me han traído en nombre de la parte adversaria:

—«El proceso de la princesa\*\*\*, del que sois la causa única y en el que vuestro nombre ha de resonar y vuestro testimonio de hombre de honor será invocado, va á decidirse mañana. Nosotros no disimulamos que, no obstante todos nuestros esfuerzos, no podemos mirar ese juicio sin terror. Los precedentes, las costumbres, los magistrados, las familias de los príncipes de Roma, vuestra calidad de extranjero, todo está contra V., ó mejor aún, todo está contra la princesa y su abuela. Seremos condenados. La condena es el convento á perpetuidad para esa joven que adoráis, ó el destierro sin la esperanza de volver á entrar en Roma, con la pérdida de todos sus bienes en Italia. La amáis, nosotros debemos advertiros. ¡Hé aquí la suerte que habéis tenido en vuestro amor: reflexionad! No hablaremos tampoco de las manchas que van á recaer sobre ese

nombre de diez y seis años por las revelaciones y testimonios de dos hombres del pueblo que han tomado parte en el rapto y que expían su complacencia hacia V. en la prisión. Ese nombre va ser arrojado mañana con escándalo á Roma y con resonancia en Europa. Tiene diez y seis años; ¡pensad cuántos le quedan aún para sentir su proscripción y sus humillaciones ante el mundo!

»El dolor, la huída y los climas extraños bien pronto van á gastar en lágrimas la poca vida que resta á su abuela. ¡Qué porvenir para una joven de aquella hermosura, de aquel nombre, de aquella edad! ¡La protegeréis, la casaréis? decid. Pero ¿habéis pensado bien? ¿En qué país y bajo qué comunión un magistrado ó un cura consagrarán el matrimonio de una mujer cuya primera unión ha sido declarada válida por los tribunales de su

propia patria? ¿Y si la princesa Regina no puede jamás ser vuestra mujer, qué será su nombre junto al vuestro?... ¿Quién recibirá nunca en su casa á una mujer que no puede ser esposa y que osaría exhibir como concubina?... ¡Pensad ahora en ella y no en vos! Cuanto á nosotros nos es imposible no temblar del nombre que la sentencia de un juez prevenido y la suerte de un juicio va á hacer llevar mañana á la mujer que améis más que la vida.

»En esta perplejidad, que las opiniones demasiado claramente enunciadas de los principales jueces del negocio han aumentado en nosotros desde hace dos días, hemos recibido proposiciones de los abogados encargados de sostener la causa del príncipe. Este, lo sabéis, no quiere y ha querido de este casamiento más que la fortuna de la condesa, asegurada después de él en sus des-

cendientes. Su edad y sus enfermedades le hacen insensible á la posesión de una joven. No puede mirar sin repugnancia y sin remordimientos la triste necesidad, en que el juicio de este proceso le coloca, de arrojar á la publicidad el deshonor sobre el nombre de una joven que lleva el suyo y que, independientemente de ese título, está unido á su casa por lazos de familia. No puede titubear en perseguir, si persistís en colocaros entre Regina y él, pero si desaparecéis del proceso, no existirá ante él más que una niña á quien compadece y respeta; arrojará el velo de la indulgencia de un padre sobre todo, consentirá en no reivindicar nunca la residencia de su mujer en su palacio, le dejará la disposición de su fortuna personal, no le pedirá continúe llevando su nombre en casa de su abuela y separarse del que ha dado demasiado pretexto á la maldad públi-

APATIS...  
 ...  
 ...

ca. Los cómplices del rapto serán puestos en libertad tan pronto como el príncipe haya retirado su queja. En cuanto á V., caballero, no le pide más que un largo alejamiento de Roma como precio del sacrificio completo que hace de sus derechos y de su resentimiento. Roma verá, dice, cuál es el más generoso y el más verdaderamente amigo de esta niña, su pretendido tirano que le conserva el honor y le da la posesión de sí misma, ó el joven extranjero que sacrifica á su amor la persona amada.»

»Después de haber hablado así, se han retirado. Me han rogado reflexione solo y sin influencia extraña sobre mi deber y las proposiciones del príncipe y del Gobierno.

... ..  
 »No he reflexionado, he gritado de dolor precipitándome sobre el pavimento de mi prisión... Tenía dos vidas en mi mano: la de

Regina y la mía, ¡he sacrificado la mía!...  
 ¡Que me acuse! ¡que me odie! ¡que me mal-  
 diga! ¡no importa! ¡Tú me conoces: cuando  
 un deber está trazado, aun á través del fue-  
 go y de la muerte, paso!

.....

»A la hora en que tú recibas esta, habré  
 dejado Roma. Regina podrá volver á entrar  
 allí. Su familia y la sociedad la acogerán como  
 merece ser acogida. Será la dueña de su vida,  
 la gracia de la casa de su abuela, el ídolo en  
 este país de la hermosura. ¡Que ella me ol-  
 vide! ¡Es Clotilde mismo quien se lo pide  
 por medio de mi voz! Un día por ventura.

.....

»Parto pasado mañana para España, don-  
 de voy á entrar de servicio en un regimien-  
 to de la guardia real, del que mi tío es coro-  
 nel. No tiene más pariente que á mí, me  
 llama á su lado, tiene una hija única. Sé que

él alimenta proyectos de unión de familia.  
 No podré amar á nadie después de haber  
 amado lo que la naturaleza animó siempre  
 más perfectamente en la tierra. Me embar-  
 caré para Filipinas; iré hasta donde el nom-  
 bre de Europa no llegue á perseguirme ya.  
 Perderé mi huella en el Universo. No pien-  
 ses más en mí; pero piensa, por causa mía,  
 en Regina, y no la abandones ni á ella ni á  
 la condesa en tierra extraña hasta que los dos  
 hermanos de su madre, que salen mañana  
 para traerlas á Roma, hayan llegado á Gi-  
 nebra.

.....

»Hé aquí tres cartas para ella.

»No le entregues la última, esta despedida  
 mía suprema, sino después de haberla pre-  
 parado lentamente al golpe que le doy para  
 salvarla.

»Escríbeme una línea á Madrid cuando

haya vuelto un poco á la calma, y dime que no me maldice eternamente.»

El resto de la carta contenía recomendaciones sin fin sobre la manera como yo debía conducirme para evitar un accidente demasiado súbito á Regina.



## XXXII.

**N**o puedo menos de aprobar á Salustio, deplorando sin embargo, la fatal necesidad en que se hallaba de hacer sufrir al corazón de Regina inmolando su propio corazón. No la había consultado. ¿Quién sabe si ella no hubiera preferido mil veces el destierro con él, á la libertad y la fortuna sin él? Este deber que cumplía tan cruelmente era, pues, arbitrario. ¡Se hacía á la vez juez y sacrificador sin interrogar á la víctima! ¡Y, sin embargo, el

sacrificio\* era pedido por la delicadeza, el honor, la virtud, el amor mismo! Mi razón se turbaba ante una situación semejante.



## XXXIII.

**CU**ANDO llegué á Nyon, mi rostro estaba tan desconcertado por la horrible revelación que tenía que hacer, que no tuve necesidad de hablar. Las mujeres que aman tienen una mirada que todo lo atraviesa. Antes que hubiese dicho una palabra ¡Regina lo sabía!... Traté de negar, prolongar la incertidumbre, decir que no había encontrado cartas en Ginebra, que regresaría al día siguiente para alcanzar el correo de Roma. Mi fisonomía mentía. Regina no se engañó ni un minuto. La fría



razón que encontraba, hacía algún tiempo, en las expresiones de Salustio, la hubieron medio alumbrado. Se precipitó sobre mí para buscar bajo mi ropa el paquete que yo me obstinaba en esconder. Lo asió, leyó lentamente la primera línea de la carta que me había dirigido, y con estas solas palabras:— «¡He hecho mi deber!» arrojó un grito de indignación y de cólera cuya vibración jamás he escuchado más que en el rugido de una leona.

—«¡Vilta!»—exclamó arrojando lejos de ella la carta que le había dirigido sin querer ni aun romperla.—¡Volvedle á enviar su adiós!—me dijo en italiano.—¡No quiero nada de él, ni siquiera el sacrificio de su vida por la mía! ¿Le pertenezco yo acaso, para que se haya creído autorizado á sacrificarme con el mismo golpe con que él se sacrificaba? ¡Crueldad y cobardía! ¡Cobardía

y crueldad!—gritaba pisoteando las cartas manchadas de arena y lodo bajo sus piés. ¡Crueldad y cobardía, de la cual no quiero ver ni una imagen ni un rasgo alrededor mío! ¡No, no! ¡No era digno del movimiento de una pestaña de una romana! ¡Que vaya á amar á las hijas de nieve y espuma de mar de su país!—¡No quiero ya nada de él! Ni su nombre,—me dijo últimamente lanzando una soberbia mirada de mandato y sin réplica.

Diciendo estas palabras, saltó, mejor que corrió, hacia la escalera, subió á su cuarto, abrió su ventana, y, con los cabellos esparcidos, los brazos levantados por encima de su cabeza, volviéndose del lado de las montañas de Italia, prorrumpió en una imprecación entrecortada de sollozos, como si creyese que su voz podía ser escuchada por su amante en Roma, y arrojó con un gesto

desesperado en el jardín todas las cartas, todos los cabellos, todas las reliquias, todos los recuerdos mutuos de su amor para Salustio. Después, llamando á su nodriza:

—¡Baglia!—la gritó.—¡Ve á recoger todo aquello y échalo en lo más profundo del lago, después de haberlo atado con una piedra, para que las olas no vuelvan jamás ni un resto á la luz del día! ¡Quisiera disipar los seis meses de amor y de delirio que he tenido por él!

La nodriza obedeció murmurando é indignándose como Regina, con la cual parecía compartir toda la cólera. La pobre condesa Livia, pálida y muda, sollozaba sobre el canapé, agitada entre la alegría de recobrar á su hija sola, y la vergüenza de verla abandonada por su amante.

Regina, después de este acceso de rabia, se echó en su lecho y pasó dos días, sin

querer aparecer, entre los brazos de su nodriza, que trataba vanamente de calmarla. Encontré dos ó tres veces á esta mujer en la escalera y la pedí noticias de Regina.

—Recobra su corazón—me dijo la transteverina en italiano,—y curará su cólera con el desprecio. ¡Si fuera yo, lo hubiera curado con sangre!

La nodriza parecía mirar como la más sangrienta de las afrentas la generosidad de Salustio. Y cuando la pronuncié esta palabra:

—¡No, no, no,—me decía,—caballero, no hay generosidad contra el amor! Cuando se ama en mi país, se ama y no se sabe otra cosa. Ustedes, los franceses, no comprenden la virtud de un corazón del Tíber; el agua de vuestro país deslava el corazón. ¡Un romano habría arruinado y deshonorado á mi joven ama, pero la hubiera amado hasta la sangre!

¡Yo le desprecio, marchad!